

PLAN

Manuel de Solá-Morales Rubió

A son de bombó y platillos el Plan de Madrid ha sacado al público su Avance, como un refresco, quizá acatarrante, después de tantos de urbanismo burocrático. Hoy, cuando casi todos los Ayuntamientos se preocupan por los resultados a corto plazo y las actuaciones inmediatas, el Plan de Madrid plantea una estrategia, no de largo alcance, pero sí de medio plazo; mucho más rica que la ciudad a borbotones, que la periodicidad electoral provoca. Esta aportación, casi inconscientemente asimilada por quien se ve alleccionado por la avalancha propagandista en que el avance se envuelve, parece el más importante servicio a un debate público sobre la ciudad.

La elaboración del Plan de Madrid que ahora se expone, respira sin embargo, en todo su proceso, vapores impregnados que, a la hora del obligado juicio, convierten en personalmente incómodo, y siempre injusto, el comentario. Creo que mi personal zozobra ante esta incomodidad arranca de dos sensaciones conflictivas que el Plan transmite: por una parte, simpatía y coincidencia con una actitud abierta, ramificada y creativa que como método, parece contener el Plan; por otra ese optimismo visceral, casi a priori, que sin querer descoloca y rechaza.

No creo que hoy sea habitual tanto optimismo. Ni el mundo cultural ni el mundo técnico suelen mostrarse en estos tiempos con tonos de euforia. El plan General de Madrid, en cambio, ha sacado su avance al público entre un estrépito de publicidad y literatura. Como en los tiempos heroicos del Londres de Abercrombie o del Regional Plan neoyorquino del 29, el Plan se presenta como un mensaje global, universal, genérico, dirigido a la totalidad de la ciudad. Como una solución comprensiva anunciada a trompeta a todos los ciudadanos.

Ver la exposición de Madrid es como asistir a un mítin urbanístico, a uno de esos mítines en los que hablaba siempre la tribuna, quien a la vez, respondía también sin desmayo, a todas las preguntas, vinieran de cualquier parte, con locuacidad sistemática. Y de los que se salía con una ambigua mezcla de admiración

y desconcierto al cincuenta por ciento.

Personalmente, me parece que el urbanismo gana poco con este envoltorio de consumo masivo. Es difícil ver lo que hay debajo, y, sustrayéndose el efecto Mac Luhan, reconocer un mensaje independiente del montaje. Aunque sea cierta la autoridad aparente que el público de al Plan precisamente como objetivo técnico, no popular.

En cambio, me parece importantísimo que el Plan se plantee como una estrategia abierta, a la vez de normas globales y actuaciones concretas, de intenciones a largo y corto plazo.

Hay un serio intento de abrir el Plan como un abanico de proyectos y estudios, de escalas y horizontes diversos, pero también de ideas y autorías diversas. Esto se ha dicho algunas veces, pero se ha hecho muy pocas. Ni un plan-director ni un plan-proyecto, sino más bien un *plan-soporte*. Será clave que esta preocupación no acabe pasando por un mecanismo de planificación cerrada o por una regulación centralizadora, concentrado en el Plan y en la oficina del Plan la totalidad de las decisiones. Al contrario, me parece que si en el desarrollo futuro del Avance se sabe cortar la tentación monolítica y fomentar esos encargos definitivamente a sus autores, no integrando sino diluyéndose en múltiples operaciones, será un ejemplo innovador y progresivo. Porque habrá junto una coherencia a medio término con una gran apertura de iniciativas, temas, y actuaciones parciales que en él se apoyan e, incluso, nacen.

Me parece que en la exposición hay ejemplos de esta apertura, de este carácter ramificado del método a seguir. Las colaboraciones especializadas en algunos temas, dan algunas de las indicaciones más sugerentes de la muestra. Por ejemplo, las colaboraciones de Eyser, que aportan alguna solución innovadora en las ingenierías viarias; o los estudios de paisajismo y de espacios libres; o la exquisita valoración del cauce del Manzanares (¡qué contenido propositivo en el territorio dibujado de Juan Navarro!); alguno de los anteproyectos arquitectónicos de centros sociales y espacios urbanos, el parque de Villarosa, etc.

En este despliegue de temas relativamente autónomos, incluso contradictorios en parte, está el potencial de un Plan cuya función debe ser, a mi juicio y contra lo que dice el *slogan*, mucho más de hacer y de inventar que de recuperar, mucho menos de programar (en sentido estricto) que de permitir (en sentido real, de hacer posible).

El Plan dibuja 20.000 Has. de suelo urbano a la escala 1:20.000. Como plano conjunto no precisa quizá de mayor detalle. Pasar al 10.000, precisar límites, y sobre todo especificar mejor las decisiones sería la tarea de acabado, afinando bien la puntería. Divididas sabiamente como están las propuestas en "Actuaciones" (áreas de reforma y trazado), "Ordenaciones" (áreas de normativa) y "Acciones" (áreas de proyectos), podrían pasar a desarrollarse aparte. Hubiera sido ilustrativo ver esas tres plantas de la ciudad ya por separado, dibujando la morfología independiente de las propuestas en cada una de ellas.

Tal como el Avance se presenta ahora, fraccionado por barrios (el recuerdo de los antiguos PAI) hace más evidente cierta casualidad anecdótica de las decisiones de uso, y la escasez relativa de decisiones de forma. Las calificaciones de equipamiento parecen responder, con excesivo automatismo, a supuestas oportunidades de suelo (vacante o en transformación) sin mucha sujeción a razones de tamaño, jerarquía o posición adecuada del solar, o a capacidades reales de construir instalaciones. Las áreas de remodelación o sustitución de vivienda, al buen deseo de que tal proceso se produjera correctamente. Los ejes comerciales, son interpretaciones de un resultado querido, y no tanto instrucciones para producirlo. Como no siempre es justa la escala local con que se argumenta la polémica, más de criterios que de soluciones, respecto a las inversiones de Obras Públicas en transporte e infraestructuras.

Este nivel es el propio de un Avance. Y quizá no lo sea tanto la zonificación resultante que resulta así, más que una propuesta efectiva, una clasificación del



Croquis del avance del Plan.

estado actual con taxonomía de propósitos futuros. Los planos de zona (el apartado 13) son, entonces, no tanto planes cuanto lista de objetivos o inventario de posibilidades.

Creo que no debe juzgarse ese Avance con independencia de sus circunstancias profesionales. La orfandad doctrinal del urbanismo madrileño está en la tradición burocrática del Ministerio, planificando España entera a golpe de ley del suelo, y entronizando Madrid en un va-

poroso sitio de alfores, anillos, corredores y descongestiones. Madrid, para cierto urbanismo, nunca ha existido como ciudad concreta. Y reconocer y defender en cambio el hecho de Madrid-Madrid, y el cuerpo físico de la ciudad ha sido uno de los grandes aciertos de este Plan.

Pero con reconocerlo no basta. Y la orfandad marca las dificultades en el entendimiento urbanístico de la ciudad, un conocimiento que no se improvisa. En el dominio de los tejidos urbanos, de su

génesis y de su comportamiento. En el conocimiento de los planes vigentes, de sus límites y sus excesos, de sus defectos. Nunca se ha escrito a fondo una crítica al Plan 63, o a sus reformas, que no fuera básicamente ideológica. Poco se ha entrado en los mecanismos de la Ordenanza de edificación, en los abstractos estándares de equipamiento, en la escala y forma de los planes parciales, en los criterios de urbanización primaria o de ordenación vial.

También pesa, me parece, la falta de modelos profesionales. Los buenos profesionales del urbanismo madrileño han huido siempre un poco de su ciudad. No han entrado en Madrid. Han hecho su trabajo fuera. La historia de la Escuela de Arquitectura lo muestra dramáticamente. Los buenos profesionales han evitado el roce, ese esfuerzo de estudio y reflexión continuos que la docencia produce sobre la propia ciudad, que es el marco natural de la enseñanza. Y han faltado las ideas, las tesis, los argumentos y todo el arsenal magmático de sugerencias que sería la base de un Plan de Madrid moderno. La ciudad que provoca la evasión profesional, a la tecnocracia o a la política, acaba por pagarla cara.

Por esto, está siendo difícil al equipo redactor del Plan el esfuerzo de aterrizar desde las escalas del antiguo planeamiento metropolitano (de actividades, demografía y grandes infraestructuras) al mundo físico de la ciudad en construcción a que buscan esforzadamente llegar.

Por esto el Avance es como un Punto Cero, que afirma sin referencia a hipótesis ni antecedentes. Extrañamente en 1982, supone un urbanismo arrancando desde las bases de la reforma social (la dicotomía Madrid Norte-Sur, la lucha anti-especulación, la participación) y de un regeneracionismo castizo. Extraño bagaje para una ciudad tremendamente moderna, inconexa al uso, unitaria en el espacio, crispada en la forma. Que tiene su localismo precisamente en la modernidad, y donde el verbo recuperar no parece pueda conjugarse en futuro.

Sin embargo, el engaño entre gestión y plan sigue confundiéndonos. Apenas hemos superado los tiempos del urbanismo ideológico-social de la izquierda del setenta, y ya los políticos-urbanistas van reduciendo el campo al pragmatismo de lo factible en dos años, a la dilución del proyecto urbanístico en pura gestión política; ahora no ideológica, simplemente presupuestaria y administrativa.

Nunca hacer la ciudad ha sido cosa de meses. Creyendo quizás cambiar mucho, sería grave seguir reduciendo su proyecto cultural a procedimiento administrativo: antes por burocratismo legal, ahora por oportunismo gestor. La dinámica de la ocasión, del convenio y del remedio elevada a teoría general de la ciudad, puede ser tan ingenua como enseguida ineficaz. Porque no podemos olvidar que se basa en una visión concurrencial del poder público, que lo declara de origen impotente y tiende, por tanto, por sí misma, a debilitarlo progresivamente.

La mezcla de proyecto y gerencia sólo gana cuando están muy claras las opcio-

nes globales. Como en los momentos de los grandes alcaldes, aquellos pocos que hicieron función gerencial al servicio de una idea muy concreta de ciudad. O como en los grandes urbanistas, desde Haussmann a May, a Van Eesteren o a Saarinen. De lo contrario la mezcla sólo produce confusión.

Por otra parte, es obvio que sin un gobierno municipal fuerte apenas puede haber urbanismo. Por tanto todos sabemos de donde vienen nuestros males. Por esto no hay que escamotear la discusión de la ciudad como un problema propiamente cultural y técnico, como un proyecto y como un deseo.

El avance es bueno en este sentido. Sobre todo, si abandona cierta pretensión de programación municipal absoluta, comprensiva y total (el agua, el comercio, el transporte ferroviario, algo independiente a esta escala) y se concentra en las imágenes de ese Madrid propuesto en el trazado y forma de las calles, en el carácter arquitectónico y funcional de los nuevos centros de servicios, en la mezcla de áreas de industria que plantea, en el paisaje natural de sus periferias libres. Esto son sus grandes contenidos como Plan, los que pueden convertirlo en intervención trascendental sobre la ciudad.

Buscar más ese salto adelante, ese modelo de Madrid moderno, alegraría la imagen global que sigue pesando. Es lástima que, a pesar de tantas sugerencias e intenciones, de la explícita voluntad de reconocer la forma urbana como tema y método del Plan, quede corta la expresión visual de su conjunto. Todavía la herencia de los PAI pesa en el grafismo convencional de la ciudad barrida exhaustivamente con tramas y perímetros. Sólo una "gestalt" de estructura viaria aparece al final, al fondo a la derecha, en el último ángulo de la exposición.

La velocidad de los plazos, hace comprensible la ausencia de esos resúmenes gráficos que habrían hecho comprensible la propuesta, los modelos del Avance propiamente. ¿Es, que con tanta urgencia y precipitación, estará todavía verde ese Avance? Tierno, más bien, pensará alguno.

Gírar las palabras y pasar de la ternura a la emoción y a la fuerza es lo que hay que desear al futuro de ese Avance. Que demuestre ya la envergadura y calidad del trabajo hecho por la movilización cultural que ha empezado a provocar. Y que lo convertirá, sin duda, en referencia singular de la historia urbana de la próxima década.

Manuel de Solá-Morales Rubió